

# *Latinas* WRITE

S  
C  
R  
I  
B  
E  
N



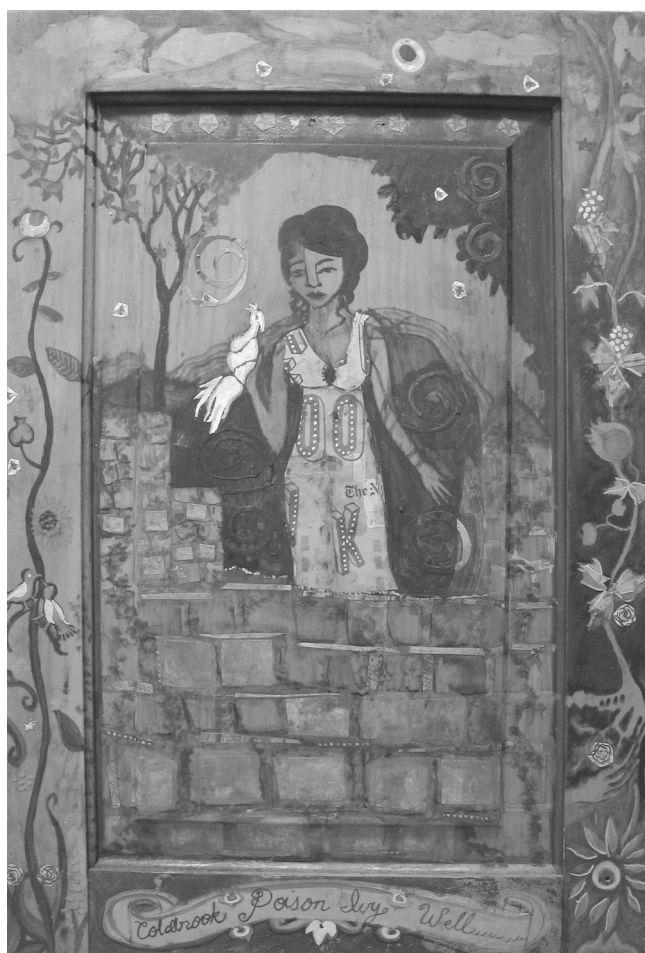
A bilingual anthology from the *Herstory Writers Workshop*  
Una antología bilingüe del *Taller de Escritura Herstory*

Volume 3  
Tomo 3

Autumn 2011  
Otoño 2011

4.8

## **Caras de la enfermedad**



**Faces of Illness**

## Caras de la enfermedad

**E**n su libro innovador *The Wounded Storyteller* (*El cuentista herido*), Arthur Frank escribe: “Una de nuestras tareas más difíciles como seres humanos es escuchar las voces de aquellos que sufren. . . . Escuchar es difícil, pero también es un acto moral fundamental. . . . El momento de ser testigo en el cuento cristaliza una mutualidad de necesidad, cuando uno está para el otro y el otro para uno”.

En esta sección sobre descubrimientos relacionados con pérdidas, empezamos con una historia escrita en primera persona de un diagnóstico de una enfermedad crónica en la cual la página se convierte en un lienzo para representarse a sí misma más allá de la literatura y los archivos médicos que clasifican a pacientes, una pizarra para captar y recordarse a sí misma saludable y entera una vez más.

De allí pasamos a la historia de una hija que tiene que aceptar el diagnóstico de su padre, y finalmente a una relación entre una asistente de paciente y la mujer a quien atiende, una historia de trabajo que resalta las conexiones que se pueden formar a pesar de diferencias de cultura y clase social.

## Faces of Illness

**I**n his groundbreaking book *The Wounded Storyteller*, Arthur Frank, writes: “One of our most difficult duties as human beings is to listen to the voices of those who suffer. . . . Listening is hard, but it is also a fundamental moral act. . . . The moment of witness in the story crystallizes a mutuality of need, when each is for the other.”

In this section of discoveries around losses, we begin with a first-person story of the onset of a chronic illness where the page becomes a canvas for portraying oneself beyond the medical charts and literature that classify patients, a slate for recapturing and remembering oneself as healthy and whole.

We then move to the tale of a daughter who is coming to terms with her father's diagnosis, and finally into the relationship between a caregiver and the woman in her care, a workplace story illuminating the ties that can form across class and culture.



En inglés y español, Silvia nos rinde un paisaje de recuerdos en el que el lenguaje, visiones, olores y sensaciones son todos uno. Inspirada por el realismo mágico de los mejores escritores latinoamericanos, Silvia permite que el tiempo y la memoria se fundan en un nombrar rítmico de lugares, personas perdidas y destinos del corazón, hasta que finalmente su riqueza es interrumpida por la frialdad de un diagnóstico rendido en tres palabras que cambia su vida para siempre.

Silvia P. Heredia  
Estados Unidos

## Llámenme m'ija

—**A**guacates... Cacahuates... Cerillos... Ciruelas... ¿Qué le damos, marchantita? ¿Qué le damos, güerita? ¿Qué va a llevar?

Esto fue lo que escuché, todo al mismo tiempo, como siempre va: el coro, un oleaje de llamadas tentadoras, de comerciales cantaditos que persiguen a todos los que están de compras para que vean y compren uno o todos los aguacates, cacahuates con su cáscara, cajas de cerillos o ciruelas arregladas esplendorosamente en montones coronados con muestras que exhiben sus adentros. En traducción, el coro rendiría algo más o menos como, "What will it be, hon? What can I get you, sunshine? Whadda ya need?" Pero realmente, no va así lo que dicen las mujeres en el mercado bien, bien rápido. Más bien va:

- Pásale por acá, güerita, pásale, ¿qué vas a llevar?
- Mira, están bien frescos, los trajeron hoy.
- ¿Qué le damos, marchantita? ¿Qué le damos, joven?
- ¿Qué va a llevar? ¿Cuántas? Están a dos por tres y éstas a cinco por diez.

In English and Spanish, Silvia provides us with a memory-scape in which language, sights, smells, and sensations are all one. Drawing on the magical realism of the best of contemporary Latin American writing, Silvia allows time and memory to coalesce in a rhythmical naming of locations, lost people and destinations of the heart, until finally the richness is interrupted by the coldness of a three-word diagnosis that will change the storyteller's life forever.

Silvia P. Heredia  
United States

## Call Me Daughter

“**A**guacates . . . Cacahuates . . . Cerillos . . . Ciruelas . . . ¿Qué le damos, marchantita? ¿Qué le damos, güerita? ¿Qué va a llevar?” This is what I heard, all at once, as it always goes: the chorus, a rolling rush of rousing remarks, sing-sung slogans that zoom after shoppers so they can eye and buy one or all of the avocados, peanuts in their shell, boxes of matches and plums splendorously stacked and crowned with a sample that has its insides on display. “What will it be, hon’? What can I get you, sunshine? Whadda ya need?” is kind of sort of what the women in the market say real, real fast, but then again, not really. It’s really more like, “*Pásale por acá, güerita, pásale, ¿qué vas a llevar? Mira, están bien frescos, los trajeron hoy. ¿Qué le damos, marchantita? ¿Qué le damos, joven? ¿Qué va a llevar? ¿Cuántas? Están a dos por tres y éstas a cinco por diez . . .*”

“Come this way, sweetheart, come, come, whadda ya need?”

“Look they’re real fresh, they brought them today.”

“What can I get you, hon’? What will it be, little man?”

Tantos trueques y negoceos ocurriendo a la vez, tantas ofertas y entregas, pedidos y negociaciones y precios que son escalados por el bien de un buen regateo triunfante, aquella costumbre mercantil, famoso baile entre vendedor y cliente en el cual se suben y bajan los precios en un vaivén que deja al final a todos contentos.

Y alrededor de toda la gente y las Marias y los bienes de plástico y demás productos perecederos están los camiones, ruidosos y viejos, aún echándose pedos al andar, así como decía mi primo cuando teníamos siete años. Todavía hacen mucho ruido y es difícil subirse a ellos. Generalmente, los amarillos van al sur y los verdes al norte, pero antes de saber yo esto, a mí simplemente me encantaba repetir en mi cabeza dónde iban las rutas de colores. En silencio me repetía lo que leía en los parabrisas: Jojutla, Zacatepec, Galeana, El Mesquite, Los Pilares, El Jicarero, La Zapata, El Higuero. Algunos pueblos están cerca, otros lejos; algunos son nombres de lugares que ahora son ciudades, otros son nombres de lugares que aún ni siquiera pueblos son. Pero en este día, con sus nombres garabateados en los cristales los siento a todos muy grandes y cerca, a la punta de mis dedos, así como las nubes que parecen bolas de algodón y juro poder alcanzar cada vez que estiro mis brazos hacia arriba cuando estoy aquí. Pajareo para encontrar algunos nombres favoritos, los que he aprendido a querer, los que me han costado, los que necesitan todo el espacio para ilustrarse bien a lo largo todas las curvas de sus vocablos: Chimalacatlán, Timimilcingo, Tequesquitengo, Xoxocotla, deletreada todita, desde la primera equis hasta la última "te", "le", "a", todo un vocablo verbal deleitoso.

—¡Rápido, apúrenle, caminen!—zumba detrás de mí, de unas mujeres que van acosando a sus hijos, apresurándolos, arreándolos a avivar el paso—. ¡Van a ver si perdemos el camión!

Oigo el llamado del hombre vendiendo camotes, aquel lema cantadito y clásico de sonoro sostener:

—¡Camoooooteeeeeees! ¡Camoooooteeeeeees!—acompañado por el silbido de su carrito y el vapor remolineando de la olla.

Continúo caminando, repasando mi lista mental mientras voy: hierbas, vela, huevo.

En la esquina, una mujer exhorta atención a una lista de afliccio-

"What are you taking today? How many? They're two for three and these are five for ten."

So many *trueques* and *negoceos* going on at once, so many deals and deliveries, pick-ups and drop-offs, negotiations, shortchanges, and prices being hiked up for the sake of a triumphant *regateo*, the classic haggling with customers, those ultimate bouts of market custom in which sales pitches are played out fast and strong and prices are wiggled down very slowly, enough so, so that eventually everyone gets a good deal.

And all around the people and peddlers and perishable and plastic goods are the buses, rickety and old, still farting smog along the way, just like my cousin said they did way back when we were seven. They're still loud and most of them hard to get on. Generally speaking, *los amarillos* go south and *los verdes* north, but before I knew that, I just loved to repeat in my head where the yellow and green buses went. To myself I'd repeat in my head what I read off the windshield: Jojutla, Zacatepec, Galeana, El Mesquite, Los Pilares, El Jicarero, La Zapata, El Higuerón. Some towns are near, others far; some are names of places that are now cities, others names of places that still aren't towns at all. But on this day, with their names scribbled across the windshields I feel them all big and quite close, at my fingertips, just like the cotton-ball clouds I swear I can grab every time I reach up when I'm down here. I look around to find some favorite names, the ones I've come to love, the ones that were hard to learn, the ones that need all the room as they read out nice, curvaceous and long: Chimalacatlán, Timimilcingo, Tequesquitengo, Xoxocotla spelled out from the first ex to the last tee, el and a, making for a most delightful mouthful.

"*Rápido, apúrenle, caminen!*" chime in from behind me some women bustling their children along, snapping at them to put a move on and keep up because they better not miss the bus. I hear the call of the man selling cooked yams, that unmistakable jingle of *¡camooooo-teeeeeees! ¡camoooooteeeeeees!* followed by his pushcart's whistle and his pot's rising steam. I continue walking, unfolding my mental list as I go: herbs, candle, egg.

On the corner, a woman wails making reference to a list of ailments



nes, todas curables por el polvo que sostiene en su mano. Doblando la esquina paso las tiendas eléctricas y ferreterías, los pollos rostizados (dando vueltas y vueltas), los puestos de fruta y sombreros, las cremas de belleza de colores pastel, el puesto de flores de la esquina (donde siempre compramos las flores para nuestros muertos), el puesto de pescado (brillante y apestoso) y en frente un puesto de jugos y licuados y una cremería. Por ese rumbo alcanzo a ver otras cremerías, más puestos de frutas y del otro lado: pollos, muertos y desplumados, sus cabezas colgando, sus pejellos amarillo, sus cuerpos engordados e inertes, arreglados como troncos a lo largo del mostrador de mosaico, algunos enteros, algunos descuartizados, algunos destripados, algunas mollejas a la vista; todo será vendido. Viendo abajo, alcanzo a ver perros, sucios y relajados entre sí, andando en pequeñas manadas mientras vagan y escarban, algunos pareciendo tristes y estresados, estirados y al borde, apenas sobreviviendo; otros con pinta de más suertudos, líderes de su manada, de fuerte andar y cola alta mientras desfilan por la muchedumbre del mercado.

Después llego al silencio de las cabezas de marrano sobre los mostradores de piedra de los puestos de carnicería, guardianes de aquella sección que resplandece en rojo y en rosado y distintivamente huele de sangre y matanza fresca. En pasar a comprar mis hierbas tengo que pasar por aquí, no hay manera de escapar toda la carne a la vez: los lomos y las piernas que cuelgan de ganchos, las cadenas de chorizo, los hígados de color vino tinto y oscuro, las patas, las tripas, las salchichas de sangre, los corazones a continuación—tanta carne necesaria para tanta gente este día. Me siento levemente asqueada y alborotada a la vez, entre lo bello y lo bestial, moviéndome entre cosas muertas y deliciosas, encontrando mi camino entre lo cocido y lo crudo.

—Las trajeron hoy, están bien tiernitas, el kilo por diez pesos. ¿Cuántas?

Estoy fascinada por la madurez exquisita de las guayabas y por el precio de una docena por un dólar. Tomo una, apretándola levemente mientras la llevo a mi nariz, así como vi a mi mamá hacer tantas veces en supermercados en Nueva York, como si sospechaba que lo que tenía en su mano era una guayaba realmente. Estos días, ya no sorprende

all curable by the powder she holds in her hand. Turning the corner I pass the electric and hardware shops, the chicken rotisseries (round and round they go), I pass the fruit and hat stands, the pastel-colored beauty creams, the corner flower stand (where we always buy the flowers for our dead), the fish stand (glistening and stinky), and in front of it a fruit shake place and creamery. Down that way I get glimpses of other creameries, more fruit stands and some chickens, all dead and deplumed, their heads somewhat dangling, their skins yellow, their bodies plump but limp, stacked like logs along the tiled counter, some whole, some quartered, some gutted, some gizzards on display; everything will be sold. Looking down I catch sight of dirty dogs, jiving amongst themselves, moving in small packs as they roam and scavenge, some looking sad and stressed, stretched out, on edge, barely making it; others appearing more go-lucky, pack leaders with strong strides, tails up as they strut through the market crowd.

Then I come to the silence of the pig heads on the stone counters of the butcher stands, gatekeepers of that whole section of *carnicerías* that glows pink and red and starkly smells of fresh kill and blood. In getting my herbs I have to go through here, there's no escaping, even peripherally, the chunks of carnage hanging from hooks, the sight of so much flesh all at once: the dangling shoulders and rumps and chorizo links, the dark wine-colored livers, the fuzzy feet, the tripes, the blood sausage, the hearts that follow—so much meat needed to feed so many that day. I feel both slightly queasy and aroused, amidst the beauty and the beastly, moving between things dead and delicious, finding my way between the cooked and the raw.

"They brought them today, they're really tender, a kilo for ten pesos, how many can we get you?" I'm dazzled by the ripe pinkness of the guavas, and their pricing of about one dozen for one dollar. I pick one, squeeze it lightly and bring it to my nose, the way I saw *mi mamá* do so many times in supermarkets in New York, as if suspicious that what she was holding in her hand was a *guayaba* at all. Nowadays, it's no surprise to find guavas or tortillas or even tamarindo, cilantro or mole in the city's Upper West Side. I suddenly chuckle, remembering

encontrar guayabas o tortillas o inclusive tamarindo, cilantro o mole en el alto Manhattan. De repente me sale una risita al acordarme del nombre mexicano acertadamente dado por mi tía Juanita a esta gran manzana ya tan cambiada: Manhatitlán.

—Están bien dulces, ¿cuántas le damos, señito?

¡¿Señito?! ¡¿Me acaba de decir señito?! ¡¿Acaso tengo pinta de señora? Me choca cuando me llaman señito. Me choca cuando se refieren a mí formalmente con usted, me hacen sentir como si debiera estar vieja y tejiendo. Por favor, ni títulos ni nombres propios. Mejor refiéranse a mí con nombres más antiguos, nombres de más ingenio, nombres locales que sólo escucho aquí y me llevo conmigo porque me hacen sonreír con sus sonidos y sentirme siempre aquí y alguien diferente. Así que, por favor, más "marchantitas", más "gueritas" y más "chinitas" también; más de estos nombres que retan toda traducción literal pero que prefiero aún no siendo ni chiquita ni rubia ni de ascendencia china. Estos nombres no me molestan porque escucho sólo dulce inflexión y familiaridad, siento cada término un abrazo lingüístico, una sutil caricia verbal que me hace sentir que me recuerdan y saben bien quién soy, y que me aceptan como tal. Así que llámenme hasta cielo y cielito, pero por favor dejen fuera todas las señoras y señitos, no pongan generaciones entre nosotros. Pero si algo me deben llamar, llámenme "m'ija", nunca me ha molestado "m'ija" en el mercado. Más bien, siempre me ha gustado que me llamen "m'ija" las mujeres. Oigo ecos de mi abuelita en este nombrar, siento a mi abuelita mucho más cerca y a mí misma mucho más sólida en saber que con "m'ija" nunca estoy demasiado vieja o sola o enferma, simplemente soy la hija de alguien. Así que con este nuevo coro de "m'ija" en mi cabeza, retacho el resto de señitos y compro mi bolsa de guayabas para el viaje en taxi de regreso a la casa del huesero.

Y como suele regir el ritual personal, después de comprar en el mercado me dirigo a salir por la salida del medio para que así pueda pasar por el viejo puesto de mi abuelita. Paso la línea de jugueterías, zapaterías, y más y más puestos de frutas y más y más bolsas de mercado, playeras y hasta piezas de ropa interior que cuelgan como decoración. Doblo donde están las mujeres que venden tortillas de

my *tía* Juanita's clever Mexicanized name for this now changed big apple, Manhatitlán.

*“Están bien dulces, ¿cuántos le damos, señorito? They're really sweet, how many can we get you, ma'am?”* Ma'am?! Did she just call me ma'am?! Do I look like a ma'am? I hate it when they call me ma'am. Hate it when they formally refer to me using *“usted,”* they make me feel like I should be knitting. Please, *por favor*, no titles, no proper names. Hit me instead with older names, more clever names, local forms of address I only hear here and take with me as they make me smile with their sound and think myself always here and someone different. Bring on more *marchantitas*, more *güeritas*, more *chinitas*, even; lather me with as many of these unique and hard-to-translate names that, if one must, literally render “little woman buying,” “light-skinned or blond girl,” and “little Chinese girl.” I don't mind being called these names at all, even though I'm by no means a little woman, blonde, or Chinese. I don't mind these calls, for all I hear is sweet inflection and familiarity, feeling each of them a linguistic embrace, a subtle verbal caress that makes me feel as if they remember me, know who I am, and accept me so. You can even call me *cielo* or *cielito*, sky or little sky, but, *por favor*, do me the favor of leaving all quips for Mrs. out, leave out all ma'ams, *señoras* and *señitos*, all *doñas* and *doñitas*. Put no generations between us. But if call me something you must, call me *“mija,”* I've never minded *mija* in the market. Rather, I've always kind of enjoyed being called *mija* by *las mujeres*, “my daughter” by the women. I hear my grandmother's echoes in this call, feel *mi abuelita* ever closer and myself more put together in knowing that with *mija* I'm never too old or alone or sick, I'm simply someone's daughter. So with this new chorus of *mija* in my head, I block out all ensuing ma'ams and buy a bag of guavas for my taxi ride back to *la casa del huesero*, the bone man's abode.

And as personal ritual has it after shopping at *el mercado*, I go to exit the market through its middle section so I can walk by my grandmother's old stand. I pass the long row of juice bars, shoe stands and more and more produce stands with more and more dangling market bags, t-shirts and bloomers as décor. I turn by the row of young women selling handmade tortillas kept warm under many layers

mano, mantenidas calentitas bajo capas y capas de manta y plástico en grandes canastos. Chiquihuites se llaman. Chiquihuites que son cargados sobre las caderas por las mujeres, sobre los hombros por los hombres, y por los pequeños utilizados como cunas mientras duermen o cuando despiertos. Y como suele regir otro ritual personal, paso por los agua fresqueros (la familia del otro lado de la pared de la casa). A diario hacen ellos aguas frescas, jugos de fruta hechos de limones, naranjas, flor de Jamaica, sandía, semillas de melón y arroz y otras cosas más. Me pido un agua de Jamaica, grande, ansiosa por su sabor y frescura, cuidadosa de no mancharme con su tinte rojo como arándanos. Ahora con mi agua fresca en mano, me dirijo hacia el viejo puesto de mi abuelita, marcado por un poste de donde cuelga el tablero que aún dice "Barbacoa Lupita", debajo la pintura de un borrego blanco, un chivo negro y un humeante plato de consomé.

Paso caminando sin nunca reconocer a los nuevos dueños pero siempre acordándome del tiempo que pasé ahí en el puesto de mi abuelita. Recuerdo ir a comprar tortillas para los clientes, siempre impresionada por los dedos y lo rápido de las mujeres mientras contaban las docenas de círculos de maíz calientes que salían humeando pero sin parecer molestar o quemarlas. También recuerdo cómo me paraba ante la tabla cuando mi abuelita iba al baño, cómo me ponía el mandil y levantaba el cuchillo grande, lista para despachar, para cortar y pesar en la báscula las órdenes. Recuerdo también cómo me encantaba cuando me mandaba traer cambio mi abuelita o a comprar cosas como licuados (¡sin azúcar!) o paletas de frutas y chiles, pero no cualquier chile, tenían que ser rajas rojas y de una marca particular: Herdez. Con monedas en mano caminaba hacia el puesto de semillas y abarrotes, repitiéndome a mí misma una y otra vez, rajas rojas Herdez, rajas rojas Herdez, encantada por el rodar sobre mi lengua, rajas rojas Herdez, rajas rojas Herdez. Cuánto me divertía esto cuando tenía diez años. Pero ahora, qué tan diferente eran mis mantras de palabras, compuestas no por cosas picosas o aliteraciones, sino reemplazadas en vez por los términos fríos y clínicos de enfermedad, autoinmune y crónica. Aún ahora, años más tarde, cómo me causa ardor pronunciar estas palabras.

of cloth and plastic in big wicker baskets. *Chiquihuites*, they're called. *Chiquihuites* that are carried on the hips by women, on the shoulders by men, and by the children used as pens to hold them while they're sleeping or awake. And as another personal ritual has it, I stop by *los agua fresqueros*, the longtime family neighbors from the other side of the wall, dubbed literally, "the fresh water makers." Daily, they make "fresh water" fruit drinks made from the like of lemons, oranges, hibiscus flowers, watermelon, pineapple, cantaloupe, and rice seeds, and many more things. I order myself un agua de Jamaica, grande, anxious for its flavor and coolness and careful not to get this cranberry-juice-look-alike on myself. Now with my *agua fresca* in hand, I head for my grandma's old stand, marked by the painted sign post that still reads "Barbacoa Lupita," beneath this a painted white lamb, black goat, and steaming bowl of consommé, the hearty stew classically served as a side or main dish.

I walk on by never recognizing the new owners but always remembering my time spent here at *el puesto de mi abuelita*. I remember going to buy tortillas for customers, always amazed by how the women quickly fingered through and counted out the dozens of steaming hand-made corn circles without the slightest hint of hurt or burn. I also remember standing at the butcher block when *mi abuelita* would go to the bathroom, how I'd put the apron on and pick up the big knife as if about to cut and weigh out all orders on the scale. I remember also how much I loved it when my grandmother would send me to get change or buy other things like fruit shakes (with no sugar!), or the frozen fruit bars, and chili peppers, but not just any chili peppers, they had to be red chili peppers, *rajas rojas* and of a particular brand: Herdez. With coins in hand I'd walk down to the stand of grains and canned goods, repeating to myself over and over again, *rajas rojas Herdez, rajas rojas Herdez*, loving the roll on my tongue, *rajas rojas Herdez, rajas rojas Herdez*. It was so much fun back then when I was ten. But now, how different my word mantras were, composed not of alliterations or spice, but replaced instead with the cold and clinical terms of chronic, autoimmune, and disease. Even now, years later, there is still a sting when pronouncing these words.

Y entonces ahí, frente del puesto de mi abuelita, no pude evitar pensar: ¿Cómo va a funcionar todo esto? ¿Cómo es que me va a sanar exactamente? ¿Es que me va a meter los dedos para sanarme? ¿Cómo es que va a recoger mis ovarios, que, según él, se han caído. ¿Caído? ¡Ovarios caídos ni siquiera son la razón por la cual lo fui a ver en un principio! Pero, ¿acaso será cierto? ¿Podrían estar caídos? ¿Es ésta la razón de tantos años de menstruación irregular? ¿Es ésta la fuente de mis años de búsqueda? ¿Es ésta la fuente de todo? Y con este alboroto de preguntas vino también el recuerdo relámpago de haber escuchado la historia de una mamá que contó cómo su hija al estar brincando cuerda de repente paró y le preguntó con gran preocupación:

—¿Es que voy a estrellar mis huevos?

Y mientras continúo caminando, alejándome lentamente, me pregunto quién soy yo y cómo es que mi cuerpo me ha traicionado y marcado con una máscara que llaman mariposa, cómo es que partes de mí se han caído o estrellado ya. ¿Es que mis ovarios realmente se habían caído? ¿Caídos fuera de qué, desde qué tan alto? ¿Es que los había estrellado levemente, quebrado por completo? ¿Acaso tenía yo un omelet o una tortilla española y yo ni en cuenta? Y, ¿cómo es que un hombre, este huesero, este cojo, me iba a arreglar? Tomé sorbos de agua de Jamaica para refrescar mi imaginar, silenciando los temerosos *no sé, no sé, no sé* que revoloteaban en mis entrañas. ¿Qué puedo hacer?

Me puse mi sombrero antes de salir del mercado y dirigirme a buscar un taxi. 

And then, right there in front of my grandmother's old stand, I couldn't help but wonder: how is this all going to work? How is he going to heal me exactly? Is he going to stick his fingers in me to heal me? How will he "pick up" my ovaries, as he says they've fallen? They've fallen?! Fallen ovaries isn't even what I went to see him for in the first place! But could they have? Is this the source of years of irregular menses? Is this the source of my years of searching? Could this be the source of it all? And with this rousing rush also came the flashing memory of a mom's story I once heard, one that told the tale of the time her little girl was jumping rope and she suddenly stopped to say inquisitively and with grave concern, "Will I crack my eggs?"

As I walk on by the stand, walking away slowly, I wonder who I am and how it is my body has betrayed me and branded me with a rash they call butterfly, how it is pieces of me have fallen away and broken already. Had my eggs really fallen? Fallen out of what, from how high up? Were my eggs slightly cracked? Fully broken? Did I now have an omelet and not know it? And how was a man, this bone man, this man with a limp, going to fix them and my face? I gulped some hibiscus water to cool my wonder, hushing the fearful I-don't-knows fluttering inside. What can I do?

I put my hat back on before leaving the market and moving to hail a cab.





"I think that we the poor are not listened to. Because we're foreigners we are believed to be guilty. But then I think, Women, let us raise our voice," writes Lilliam Juárez of the Unity Housecleaners' Cooperative of the Workplace Project, as she describes how the stories she hears from the women who work as nannies, housecleaners, and cooks drew her to become the "mouth-piece" for women who were fighting for their rights.

Divided into sections that illuminate immigrant realities, experiences of childhood separation and longing, mothering under often harsh conditions, and the search for love and healing in its many manifestations, this bilingual collage of women's voices from the Latina community on Long Island—existing within some of the most segregated suburban communities in the United States—becomes a celebration of all border crossings.

A special section takes the reader to Nicaragua, where students from St. Joseph's College in Patchogue, New York as part of a service-learning program wrote and shared intimate stories with women from a poor neighborhood of León called Sutiaba.

This is a richly varied reader organized for use in the classroom and in the community—wherever it makes sense to turn to testimony told in people's own voices to approach the deeper issues that confront us all.

"Pienso que los pobres no somos escuchados. Por ser extranjeros nos creen culpables. Pero entonces pienso: Mujeres, alcemos la voz", escribe Lilliam Juárez, de la Cooperativa de Limpieza de Casas Unidad del Centro de Derechos Laborales, mientras describe las historias que mujeres que trabajan cuidando niños, limpiando casas y cocinando le han contado, y que la han inspirado a ser "el vocero" para mujeres que están luchando por sus derechos.

Dividido en secciones que resaltan las realidades de los inmigrantes, las experiencias de separación y anhelo en la infancia, el ser madre bajo arduas circunstancias, y la búsqueda del amor y la sanación en sus múltiples manifestaciones, esta colección bilingüe de voces de mujeres de la comunidad latina de Long Island—la cual existe en medio de unas de las comunidades suburbanas más segregadas de los Estados Unidos—se convierte en una celebración de todos los cruces de fronteras.

Una sección especial lleva al lector a Nicaragua, donde estudiantes de St. Joseph's College en Patchogue, Nueva York, como parte de un programa de servicio-aprendizaje escribieron y compartieron historias íntimas con mujeres de un barrio pobre de León llamado Sutiaba.

Esta es una colección de gran variedad compuesta para ser utilizada en el salón de clases y en la comunidad—donde quiera que tenga sentido tomar en cuenta el testimonio de personas en su propia voz para acercarnos a las cuestiones más profundas que enfrentamos todos.

The production of this volume was made possible through combined funding from St. Joseph's College, the office of Suffolk County Legislator Vivian Viloría-Fisher, and Knapp-Swezey Foundation. The workshops that generated the work were funded by the New York State Council on the Arts, the Horace and Amy Hagedorn Fund, Bridgehampton National Bank, and Soroptimist International of Nassau County.

La producción de este volumen se hizo posible con los fondos combinados de St. Joseph's College, la oficina de la Legisladora del Condado de Suffolk Vivian Viloría-Fisher, y Knapp-Swezey Foundation. Los talleres que generaron el trabajo fueron patrocinados por New York State Council on the Arts, Horace and Amy Hagedorn Fund, Bridgehampton National Bank, y Soroptimist International of Nassau County.

Herstory Writers Workshop, Inc.  
2539 Middle Country Rd. FL 2  
Centereach, NY 11720

Phone: 631-676-7395  
Fax: 631-676-7396

<http://www.herstorywriters.org/>



**\$22.95**